

Persiguiendo un sujeto esquivo: vida y obra de una escritora del siglo XVIII

Mónica Bolufer Peruga
Universidad de Valencia

“Como los hombres están más expuestos al teatro del mundo, salen a luz muchas acciones suyas que, aunque en las mujeres las hay igualmente heroicas, como no interesan al público, quedan sepultadas en el olvido”.

Inés Joyes, *Apología de las mujeres*, 1798.

I. LO COTIDIANO Y LO SINGULAR: ALGUNAS CONSIDERACIONES

Estas páginas pretenden ofrecer una muestra de las posibilidades de la biografía como método histórico, así como una pequeña reflexión sobre las relaciones entre lo compartido y lo individual, lo cotidiano y lo singular en la vida de las gentes del pasado. Y ello a partir de una experiencia concreta de investigación: la que me ha llevado, durante los últimos años, a reconstruir la vida y la escritura de una mujer del siglo XVIII. Una escritora que, precisamente, comprendió y denunció la habitual invisibilidad de las mujeres en el relato histórico. Al explicar los caminos que he seguido para tratar de entender su figura y su breve pero interesante obra, me gustaría transmitir también, en alguna medida, aquello en lo que consiste la “vida cotidiana” de quienes nos dedicamos al oficio de historiar: las opciones, los hallazgos, las decepciones, las dudas con que nos enfrentamos, día a día, al tratar de construir el conocimiento histórico.

Aunque la biografía nunca nos ha abandonado como forma de escritura y como método histórico, en la historiografía de una décadas acá es perceptible un renovado interés por el individuo y por sus márgenes de libertad, más o menos amplios, dentro del contexto socioeconómico, político, cultural o familiar que constituye su horizonte. Frente a modos de narrar la historia percibidos como en exceso impersonales, que ponen el acento en las estructuras económicas y sociales y en los grandes movimientos colectivos, se afirma la necesidad de recuperar una historia “con rostros humanos”, más sensible y dispuesta a tomar en consideración el papel de los sujetos

en la construcción de sus destinos¹. Un empeño que tiene su principal expresión en la corriente conocida como microhistoria y en el nuevo auge del enfoque biográfico, pero que resulta visible también en otras muchas vertientes de la historiografía, desde la historia política o la historia cultural a la historia de las mujeres². Común a estos planteamientos es el esfuerzo por aplicar esa mirada atenta a la singularidad individual, no sólo a quienes han sido habitualmente objeto de biografías, los sujetos más o menos excepcionales y descolantes (monarcas, políticos, guerreros, artistas o intelectuales), sino también a los llamados “sujetos subalternos”, entre ellos los miembros de las clases populares y las mujeres³.

Precisamente, los estudios de género han desempeñado un papel fundamental en el debate acerca de la relación entre lo individual y lo colectivo, entre el sujeto y su contexto, uno de los dilemas esenciales de la historia⁴. Al desvelar el carácter cultural y social de los modelos de feminidad y masculinidad, han cuestionado la arraigada idea de que ser mujer o ser hombre constituyen identidades fijas, naturales y homogéneas, a favor de una visión más dinámica y compleja de la construcción de la identidad personal y colectiva. Pero además, han evitado ver en los sujetos individuales simples proyecciones de los modelos culturales dominantes, entre ellos los de género, para interesarse por la forma en que dan sentido a esos modelos, los interiorizan, los rechazan, negocian o transforman en su pensamiento y sus vidas, labor en la cual la aproximación biográfica resulta especialmente útil⁵.

Al investigar y narrar una vida del pasado, como sucede siempre al escribir la Historia, las fuentes no nos ofrecen registros transparentes de “hechos” incontrovertibles, sino indicios a interpretar. Un trabajo que suele asimilarse, de modo metafórico, al montaje de un puzzle o la reconstrucción de un mosaico cuya forma final

¹ F. Dosse, *La apuesta por la biografía. Escribir una vida*, Universitat de València, Valencia, 2007; I. Burdiel, “La dama de blanco. Notas sobre la biografía histórica”, en I. Burdiel y M. Pérez Ledesma (eds.), *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Espasa Calpe, Madrid, 2000, pp. 17-48; J.C. Davis e I. Burdiel (eds.), *El Otro, el Mismo. Biografía y autobiografía en Europa, siglos XVII-XX*, Universitat de València, Valencia, 2005.

² G. Duby, y M. Perrot (eds.), *Femmes et Histoire*, Plon, París, 1993; V. Olmos y A. Colomines (eds.), *Les raons del passat: tendències historiogràfiques actuals*, Afers, Catarroja (Valencia), 1998; P. Burke, *Formas de historia cultural*, Alianza, Madrid, 2000; J. Serna y A. Pons, *La historia cultural*, Akal, Madrid, 2005.

³ J. Amelang, *El vuelo de Ícaro. La autobiografía popular en la Europa moderna, Siglo XXI*, Madrid, 2003 (versión abreviada de la edición inglesa de 1998); I. Terradas, Eliza Kendall, *Reflexiones sobre una anti-biografía*, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra, 1992.

⁴ C. Borderías, “Subjetividad y cambio social en las historias de vida de las mujeres: notas sobre el método biográfico”, *Arenal*, 4/2 (1997), pp. 177-195; S. Tavera (coord.), “Trayectorias individuales y memoria colectiva. Biografías del género”, dossier de *Arenal*, 12/2 (2005), pp. 211-307; C. Martínez, R. Pastor, M.J. de la Pascua, S. Tavera (dirs.), *Mujeres en la Historia de España. Enciclopedia biográfica*, Planeta, Barcelona, 2000.

⁵ J.W. Scott, “La experiencia como prueba”, en N. Carbonell y M. Torras (eds.), *Feminismos literarios*, Madrid, Arco Libros, 1999, pp. 17-112 (traducción de “The Evidence of Experience”, *Critical Inquiry*, 17 (1991), pp. 773-797).

desconocemos y muchos de cuyos fragmentos se han perdido, mientras que aquellos existentes ofrecen múltiples combinaciones posibles⁶. Los documentos aportan retazos de información, jirones de vida; datos que sólo cobran sentido a partir de la intervención del historiador, quien va hilvanándolos para tejer una narración necesariamente interpretativa. En el caso de la biografía, la ilusión de orden que otorga la secuencia cronológica de los hechos no oculta que es sólo la mirada retrospectiva la que otorga unidad y significado a una existencia, seleccionando o priorizando aquellas circunstancias que cree fundamentales en la construcción de la identidad personal. Cuando se trata de las mujeres, la escasez (relativa) de las fuentes y su carácter parcial y sesgado resultan todavía más evidentes, dificultando todavía en mayor medida la reconstrucción de sus vidas. Los documentos oficiales (censos, papeles administrativos) las soslayan, encubriéndolas bajo la referencia a los cabezas de familia, sus padres y maridos. También son menos frecuentes sus testimonios en primera persona, con algunas excepciones (como la autobiografía religiosa o la correspondencia). Con frecuencia las pistas, pocas, aparecen a través de documentos tales como expedientes administrativos y militares, que sitúan en un primer plano a los hombres con los que estas mujeres estuvieron vinculadas, y en los que ellas emergen tan sólo de forma indirecta. Las fuentes, así, reflejan, pero también contribuyen a subrayar, el tópico de que las mujeres del pasado aparecían definidas y determinadas, en mayor medida aún que los hombres, a través de su condición familiar o su estado civil. Es decir, tienden a sobredimensionar aquellos rasgos que parecen compartir con todo su sexo, o bien con amplios colectivos (casadas, viudas, religiosas, aristócratas...), hurtando al historiador los aspectos individuales, que sólo pueden ser reconstruidos con dificultad.

Me he ocupado, precisamente, de perseguir a uno de esos sujetos esquivos, partiendo de un enigma: el que envolvía la identidad de la autora de uno de los más importantes textos críticos sobre la condición de las mujeres de su época, la *Apología de las mujeres* (1798)⁷. Un ensayo cuya audacia contrasta con la oscuridad que rodea las circunstancias de su aparición y con lo poco que sabíamos acerca de la vida de su autora. En este sentido, mi trabajo se inscribe en el marco de los estudios que en los últimos años nos están permitiendo conocer mejor la vida y la obra de las escritoras del siglo XVIII en toda su complejidad, sus aspectos comunes y sus diferencias⁸.

⁶ J. Serna y A. Pons, *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg*, Cátedra, Madrid, 2000, pp. 11-15.

⁷ M. Bolufer, *La vida y la escritura en el siglo XVIII. Inés Joyes: "Apología de las mujeres"*, Universitat de València, Valencia, 2008.

⁸ M.V. López-Cordón, "La fortuna de escribir. Escritoras de los siglos XVII y XVIII", en I. Morant (dir.), *Historia de las mujeres en España y América Latina, vol. 2: El mundo moderno. España y América colonial*, Cátedra, Madrid, 2005, pp. 193-234; E. Palacios, *La mujer y las letras en la España del siglo XVIII*, Madrid, Laberinto, 2002.

¿Quién era Inés Joyes? ¿Con qué recursos, materiales y simbólicos, y a través de qué negociaciones con los valores y prácticas de su tiempo pudo una mujer, en la España de finales del siglo XVIII, dotarse de una voz propia y hacerla oír públicamente? Para responder a estas preguntas, he reconstruido y analizado de forma minuciosa su vida, su contexto social e intelectual, español y europeo, así como su breve pero significativa obra: la *Apología de las mujeres* y la traducción de la novela filosófica *Rasselas* de Samuel Johnson. Su trayectoria y su pensamiento arrojan luz sobre varios problemas históricos relevantes. Ante todo, permiten entender mejor las posibilidades y tensiones que marcaron la participación de las mujeres en los discursos y espacios culturales de la Ilustración, así como la importancia de la polémica de los sexos en los debates morales y sociales de la época. Pero también ayudan a comprender otras cuestiones: el mundo de la comunidad irlandesa asentada en España, el papel de las mujeres en las estrategias familiares, los estilos de vida y ascenso social de la burguesía, la circulación de las ideas ilustradas entre centro y periferia, la recepción de la literatura y el pensamiento extranjero y, en el orden teórico, las posibilidades del método biográfico y las conexiones entre los discursos y las prácticas, la escritura y la experiencia.

2. RECONSTRUIR UNA VIDA

En 1860 murió en Madrid un militar y político nacido en 1803 en Ferrol, José MacCohon Blake (1803-1860), hijo del también militar Eugenio MacCohon y de Inés Blake. Bien relacionado en el ejército y la sociedad de su época y casado con una rica burguesa, Dolores Barutell, había ascendido en 1838 al grado de teniente general y ejercido como efímero ministro de Guerra en dos ocasiones (diciembre de 1855-enero de 1856 y noviembre de 1859-abril de 1860)⁹. A su muerte, el inventario realizado de sus bienes permite conocer el contenido de su biblioteca, muy notable tanto por el número de obras como por su contenido, en el que se combinan el componente nacional con un acusado tono cosmopolita¹⁰. En la larga lista de 471 títulos en 1.087 volúmenes compilada por el notario, resulta fácil pasar por alto uno que apenas llama la atención al lector actual: *El príncipe de Abisinia*. Sin embargo, para quien conozca la literatura inglesa del siglo XVIII, tal título evoca de inmediato el de una célebre novela de Samuel Johnson, *Rasselas, prince of Abissinia* (1759). Y quien algo sepa de ediciones y traducciones en España en esa misma época puede identificar esa versión con la primera publicada en castellano, en 1798 (a la que seguirían tres más,

⁹ Hoja de servicios de José MacCohon Blake. Archivo General Militar de Segovia, sección 1.ª, legajo 91/1.

¹⁰ J.F. Fuentes, "La biblioteca del teniente general Don José MacCohon (Radiografía de un cambio cultural)", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. 190, cuad. 2 (1993), pp. 235-282.

con títulos ligeramente distintos, en 1813, 1831 y 1860)¹¹. Con la significativa particularidad de que esa primera, que apareció acompañada de una *Apología de las mujeres* inserta en el mismo volumen, era obra de Inés Joyes, abuela del propio José MacCronhon, que, como descubrí más tarde, había fallecido en 1808, apenas cinco años después de que él naciera.

Se trata de una pista, una brizna de información que fue necesario entretejer con otras en lo que constituyó, como tantas veces en las investigaciones históricas, una pesquisa casi detectivesca. En efecto, la huella documental dejada por Inés Joyes es escasa y con frecuencia indirecta, incluso tratándose de una mujer perteneciente a un medio social elitista, con conexiones familiares influyentes. La portada de la obra no contiene más datos que el nombre de la autora-traductora, ni se conserva en el Archivo Histórico Nacional el expediente de la licencia de impresión que era preceptivo obtener del juez de imprentas del Consejo de Castilla antes de editar cualquier impreso, y que muchas veces permite conocer las circunstancias de una publicación o importantes detalles sobre su autoría. No es que Inés Joyes resultase totalmente desconocida para la crítica: algunas de las obras eruditas de referencia que sirven habitualmente de punto de partida para estudiar la vida y obra de las mujeres de letras del siglo XVIII la mencionan, y su *Apología* había llamado ya en 1938 la atención de una estudiosa de los orígenes del feminismo¹². Sin embargo, esas obras y otras más recientes se limitaban a dar su nombre, sin proporcionar datos acerca de su vida¹³. Tampoco disponemos de imagen alguna de ella, como, por otra parte, sucede con la inmensa mayoría de gentes de su tiempo, pues la práctica del retrato se limitaba (con contadas excepciones) a fijar la efigie de las personas relevantes por

¹¹ S. Johnson, *Ráselas, Príncipe de Abisinia. Romance traducido del inglés por el reverendo D. Felipe Fernández*, Enrique Bryer, Londres, 1813; *El héroe de Abisinia, historia escrita en inglés por Samuel Johnson, y traducida, corregida e ilustrada con notas por Mariano-Antonio Collado*, imprenta de José de Orga, Valencia, 1831; *Historia de Rasela, príncipe de Abisinia, escrita en inglés por Samuel Johnson y traducida por Marcial Busquets*, Antonio de San Martín-Emilio Font, Madrid, Librería del Plus Ultra, Barcelona, 1860.

¹² M. Serrano y Sanz, *Apuntes para una biblioteca de escritoras españolas (desde el año 1401 al 1833)*, Atlas, Madrid, 1903, t. 1, p. 628; F. Aguilar Piñal, *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, CSIC, Madrid, 1986, t. IV, p. 737. P. Oñate, *El feminismo en la literatura española*, Espasa Calpe, Madrid, 1938, pp. 195-196.

¹³ P. Deacon, "La novela inglesa en la España del siglo XVIII: fortuna y adversidades" y M.J. García Garrosa, "Mujeres novelistas en el siglo XVIII", en *Actas del I Congreso Internacional sobre novela del siglo XVIII*, Universidad de Almería, Almería, 1998, pp. 125-139 y 163-183; M. Bolufer, *Mujeres e Ilustración. La construcción de la femineidad en la España del siglo XVIII*, Institució Alfons el Magnànim, Valencia, 1998, pp. 108-112, 257-258, 337-339 y "La traducción como estrategia intelectual de las ilustradas españolas: el ejemplo de Inés Joyes y Blake", en M.J. de la Pascua y G. Espigado (eds.), *Congreso Internacional Conmemorativo Frasquita Larrea y Aherán: Europeas y Españolas entre la Ilustración y el Romanticismo (1750-1850)*, Universidad de Cádiz-Ayuntamiento de El Puerto de Santa María-Instituto Andaluz de la Mujer, Cádiz, 2003, pp. 137-155; E. Pajares, "Inés Joyes y Blake, feminista ilustrada del siglo XVIII", *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, 76 (2000), pp. 181-192, y "Contra las 'belles infidèles': la primera traducción al español del *Rasselas* de Samuel Johnson", *Trans. Revista de traductología*, 4 (2000), pp. 89-99.

su rango o sus cargos (miembros de la realeza, aristócratas, altos eclesiásticos y funcionarios, o bien célebres eruditos), siendo a finales del XVIII en España cuando comenzó a hacerse extensiva a individuos y familias burguesas.

El primer problema que se planteaba era, precisamente, el de la identidad de la autora que firma como “Inés Joyes y Blake”. Sus apellidos, de obvia raigambre extranjera, inducían a relacionarla con el general Joaquín Blake (1759-1827), personaje, este sí, cuyo nombre y hazañas, como los de otros “héroes” de la Guerra de la Independencia, han llegado hasta nuestros días, y de quien se conservan varios retratos. Figura destacada en las acciones militares contra los franceses, fue nombrado por las Cortes de Cádiz miembro de la Regencia y sería más tarde, con Fernando VII, presidente del Consejo de Estado, al que renunciaría por su oposición al absolutismo. Sally Ann Kitts fue la primera en establecer la conexión familiar de Inés Joyes con él, a partir de la documentación recopilada en una obra sobre los procesos de ennoblecimiento de los irlandeses en España¹⁴. Vinculada la autora de la *Apología* con la familia de Joaquín Blake, se abrían dos posibilidades: podía tratarse de la hermana del general, Inés Blake y Joyes, nacida en 1773, que en 1798 (fecha de la publicación) era una mujer soltera, y que habría alterado en la firma el orden de sus apellidos, o bien de su madre, nacida en 1731 y viuda de Agustín Blake. Esta última opción fue imponiéndose poco a poco, a lo largo de la investigación, como la más verosímil para identificar a la autora de una obra que, presentada como una *Carta a sus hijas*, resuena con la voz de la experiencia y parece revelar el peso de una vida larga y el aplomo de la madurez.

A partir de esa primera pista, fueron aflorando lentamente algunos datos. En los expedientes de solicitud de hábitos de la Orden de Calatrava por el propio general en 1796 y por otro miembro de su familia en 1862 se encuentran copias de una abundante documentación acerca de los solicitantes y sus antepasados, incluyendo testamentos y actas de bautismo y matrimonio, a partir de los cuales se pudo localizar los originales (cuando éstos se conservaban) y hallar nuevos documentos acerca de Inés Joyes y su entorno. En el Archivo Histórico de Protocolos de Madrid fue posible dar con los notarios que habían llevado durante décadas los asuntos de la familia, sacando a la luz una abundante documentación sobre negocios y herencias, e indirectamente sobre otros aspectos de la vida de Inés Joyes y la de los suyos. En el Archivo Histórico Provincial de Málaga aparecieron cartas de dote, escrituras de donación de bienes, últimas voluntades tanto de Inés, una vez casada, como de su marido.

¹⁴ M. Walsh, *Spanish Knights of Irish Origins. Documents from Continental Archives*, Irish University Press, Dublín, 1960, vol. III, pp. 66-88 y 92-97. S.-A. Kitts, *The Debate on the Nature, Role and Influence of Woman in Eighteenth-Century Spain*, Edwin Mellen Press, Lewiston (Nueva York), 1995, p. 226 y nota 35.

Después de conocer el lugar donde transcurrió parte de su vida adulta, los registros parroquiales custodiados en el Archivo Diocesano de Málaga desvelaron los lugares, fechas y otras circunstancias de su vida familiar: su matrimonio, el nacimiento de sus hijos y su propia muerte. El Archivo Municipal de Málaga proporcionó algunas informaciones sobre los negocios de su marido, mientras que en la población vecina de Vélez-Málaga, donde residió buena parte de su vida, fue posible localizar a su familia en el censo de vecinos y vincular a algunos de sus miembros masculinos con la Sociedad Económica, aunque no consultar los libros parroquiales de la iglesia de San Juan Bautista (donde bautizaría a sus hijos menores), destruidos durante la Guerra Civil. También en otros lugares más inesperados, desde el Archivo Provincial de Cádiz a la British Library, aparecieron datos sobre el pasado de su familia, sus lealtades políticas y sus vínculos mercantiles con otras plazas comerciales españolas y europeas. Y, por último, los registros militares custodiados en los Archivos Generales Militares de Segovia y Madrid y el Archivo del Museo Naval fueron, como suelen serlo, un filón para reconstruir los itinerarios profesionales, pero también matrimonios y otras circunstancias, de muchos hombres y algunas mujeres de su familia.

El rastro documental dejado por Inés Joyes a lo largo de su vida se fue dibujando así poco a poco, arrojando algunos hallazgos significativos, pero dejando también una cierta frustración en quien aspiraba a reconstruir su vida e interpretar su escritura. En efecto, lo que sale a la luz son, ante todo, datos sobre su existencia familiar, la posesión y transmisión de sus bienes materiales y la colocación, ascenso y actividades profesionales de los hombres a los que estuvo vinculada: padre, marido, hermanos e hijos. No se han localizado, en cambio, testimonios más personales: cartas escritas o recibidas por ella, diarios o memorias, como tampoco procesos judiciales en los que pudiera haber estado implicada, testimonios estos últimos de gran valor en su calidad de historias de vida de amplios sectores de la población que no han dejado otro tipo de relatos en primera persona¹⁵. Ni siquiera existe un inventario de sus bienes que nos permita formarnos una idea del contenido de su biblioteca, de sus objetos personales o del entorno material en el que vivió. Tampoco han aflorado datos acerca de la educación que recibió, sus amistades personales o sus ocupaciones cotidianas. Desconocemos las circunstancias que rodearon la publicación de su obra: por qué eligió editarla en Madrid, quién la ayudó en las gestiones con la imprenta y los censores desde su residencia en Vélez-Málaga. Y por último, el silencio rodea también la recepción de ésta, sobre la cual existen muy pocas referencias contemporáneas (tan sólo dos anuncios en la *Gaceta* y el *Diario de Madrid*) y prácticamente ninguna posterior (salvo una breve mención en las *Memorias* de Godoy).

¹⁵ M.J. de la Pascua, "La recuperación de una memoria ausente: demandas judiciales y relatos de vida en la construcción de la historia de las mujeres", *Arenal*, 12/2 (2005), pp. 211-234.

El perfil borroso que emerge de estos rastros documentales fragmentarios contrasta, por un efecto debido a la gran diferencia entre las fuentes, con el tono directo y atrevido de su obra. Un ensayo rotundo, redactado en primera persona y en el que, con todas las precauciones debidas al carácter siempre retórico de los textos, se puede apreciar la expresión de un yo subjetivo, en sus acuerdos y desacuerdos con los valores morales y sociales de su tiempo. Sin embargo, dentro de los límites que marca el carácter incompleto y escueto de las evidencias documentales, datos biográficos y obra escrita se iluminan mutuamente. Los primeros otorgan densidad y arraigo al texto escrito, que así deja de parecer un ensayo moral en abstracto para mostrarse como una elaboración intelectual a partir de la experiencia personal y, a su vez, ésta se revela, como no podía ser de otro modo, inscrita en los valores y las expectativas propias de su vida y su medio.

¿En qué sentido la figura y la obra de Inés Joyes resultan útiles para aproximarnos a la vida cotidiana de una mujer del siglo XVIII? Nos enfrentamos aquí, como siempre que se aborda una biografía, a uno de los problemas esenciales de la historia, el de la representatividad o, dicho de otro modo, el de la relación y la tensión entre lo individual y lo colectivo. ¿Hasta qué punto conocer la vida de una persona nos permite enfrentarnos a problemas históricos que desborden la estricta peripezia individual? ¿Cómo conciliar la búsqueda de regularidades, de elementos compartidos, con el respeto a la singularidad de cada sujeto, es decir, sin hacer de éste un mero tipo cortado por un patrón fijo?¹⁶ Precisamente porque ningún individuo (en el pasado como en el presente) puede abstraerse de las circunstancias en las que se desarrolla su existencia, toda biografía, incluso la más heterodoxa, ofrece siempre una perspectiva sobre las condiciones materiales y los valores simbólicos que ese sujeto comparte con la sociedad en la que vive, en particular con aquellos sectores de ella a los que le unen mayores vínculos (de clase o estamento, género, nacionalidad, religión, formación intelectual, ideología...). Y al mismo tiempo, aun la más convencional de las historias de vida no es nunca idéntica a otras similares, porque los individuos, a la vez que se sitúan, necesariamente, en el marco de las normas sociales, las hacen suyas y las usan, reformulan o modifican hasta cierto punto, haciendo así posible el cambio histórico, frente a la mera permanencia invariable de aquello heredado.

Entenderlo así permite enfocar, por ejemplo, las biografías femeninas superando la implícita dicotomía entre “mujeres célebres” y lo que podríamos llamar “mujeres-tipo”, aquellas que encarnan las limitaciones de la vida femenina en el pasado y parecen cargar sobre sus hombros la responsabilidad de representar a todo su sexo. La historia ha tendido a incorporar en sus relatos con preferencia a las primeras, haciendo abstracción, hasta cierto punto, de su condición de mujeres para destacar la excepcionalidad

¹⁶ Burdiel, art. cit.; G. Levi, “Les usages de la biographie”, *Annales ESC*, 6 (1989), pp. 1325-1336.

de sus hazañas en campos considerados masculinos (como la política, la guerra o la actividad intelectual y artística), al tiempo que ignoraba a las segundas o bien las presentaba a modo de una masa coral y anónima, pasiva y resignada. Frente al protagonismo de los individuos singulares (sean varones destacados o mujeres “excepcionales”), a que nos tiene acostumbrados la historia tradicional, se situaría así la historia de la vida cotidiana, planteada como la historia de la mayoría, de la gente corriente; de los trabajos y los días, frente a los “hechos relevantes”, fundamentalmente de carácter político.

Las cosas, sin embargo, no son tan sencillas. Unas gentes y otras son representativas tanto de las formas en que los individuos se inscriben, necesariamente, en las reglas del juego social, como de los márgenes, mayores o menores, que éste ofrece. La representatividad, por tanto, puede entenderse no sólo en clave estadística y por ello identificable con la mayoría, sino en el sentido de aquello que permite conocer tanto las reglas como las posibilidades de maniobra en el marco de las estructuras sociales, económicas y políticas y de los discursos que condicionan (pero no determinan absolutamente) a los individuos y definen su identidad¹⁷. Una identidad que, además, nunca es monolítica, algo que conviene recordar en especial cuando se trata de las mujeres, a quienes los discursos morales y filosóficos, de manera singular a partir del siglo XVIII, han tendido a subsumir en un genérico indiferenciado, “la mujer”, olvidando que no se puede ser mujer (ni hombre) sin más y en bloque, sino en combinación con otras variables sociales, siempre múltiples. La experiencia de Inés Joyes, pues, como la de cualquier otro sujeto, se sitúa, precisamente, en la intersección de todas esas y otras variables que la definen como una mujer burguesa, irlandesa y española, hija del exilio, esposa y madre de familia, católica, ilustrada, escritora... Y al mismo tiempo, resulta en última instancia irreductible a la mera suma de todos esos ingredientes, pues los individuos, incluso aquellos que comparten, además de un tiempo y un espacio, unas circunstancias vitales, nunca son completamente intercambiables. Así, como toda biografía, la de Inés Joyes nos sitúa en el cruce entre la singularidad individual y las circunstancias colectivas, y nos invita a intentar comprender cómo desarrolló sus estrategias de vida y de escritura desde la experiencia y los recursos disponibles, tanto aquellos comunes a su tiempo y su medio como otros más personales.

La suya es una vida convencional, incluso podríamos decir oscura, cuyos detalles ha sido laborioso recopilar a partir de unas fuentes dispersas, pero que una vez conocidos pueden resumirse en unos pocos trazos. Nació en Madrid el 27 de diciembre

¹⁷ C. Ginzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Muchnick Editores, Barcelona, 1981; C. Ginzburg y C. Poni, “El nombre y el cómo: intercambio desigual y mercado historiográfico”, *Historia Social*, 10 (1991), pp. 63-70.

de 1731, la tercera de los seis hijos de Patricio Joyes e Inés Joyes, ambos de ascendencia irlandesa. La familia poseía una compañía que, con el nombre de Patricio Joyes e hijos, prosperó en los negocios de la capital, dedicándose a las finanzas. Tras fallecer su padre en 1745, cuando ella contaba con trece años, Inés y sus hermanos quedaron bajo la tutoría de la madre. En 1752, dejó Madrid para contraer matrimonio en Málaga con Agustín Blake, también de origen irlandés, comerciante y pariente suyo por vía materna. Tras el matrimonio, la pareja se estableció en Málaga, en la parroquia del Sagrario primero y desde 1757 en el barrio de San Juan. En algún momento entre 1767 y 1771, cambiaron su residencia a Vélez-Málaga, pequeña ciudad con un activo comercio de exportación de productos agrarios y explotación del azúcar. Tuvieron nueve hijos, cuatro mujeres y cinco varones nacidos entre 1756 y 1775, el segundo de ellos el futuro general. Tras enviudar en 1782, Inés hubo de ocuparse intensamente de los intereses familiares, interviniendo en pleitos por herencias y negociando los matrimonios de sus hijas e hijos. Poco más sabemos de ella, hasta su testamento, otorgado en Málaga el 16 de octubre de 1806, por el que conocemos que dos de sus hijas habían muerto en plena juventud, y que su marido se había arruinado antes de fallecer, dejándole tan sólo la dote que ella había aportado al matrimonio. Moriría en la misma ciudad el 18 de mayo de 1808, a los 76 años, en la plaza de la Merced, donde había vivido sus últimos tiempos en compañía tan sólo de la más joven de sus hijas y de una fiel criada, y sería despedida en la parroquia de Santiago, donde en 1881 se bautizaría a un niño llamado Pablo Ruiz Picasso.

No deja de resultar una paradoja el hecho de que fuese esta mujer de vida discreta quien escribió uno de los más interesantes y audaces análisis sobre la condición de las mujeres que vieron la luz en la España del siglo XVIII, la *Apología de las mujeres* con la que acompañó su traducción de una novela filosófica inglesa. Una obra publicada, además, en una de las imprentas más importantes del siglo XVIII, la de Antonio Sancha –fundada por este editor y librero inquieto, impulsor de obras representativas de la sensibilidad literaria y la ideología reformista de las Luces, y continuada por su hijo–, y dedicada a una de las aristócratas más poderosas y cultas de su época, la condesa-duquesa de Benavente¹⁸. Y es que escribir y publicar exige un cúmulo de condiciones, tanto externas como internas. Ante todo, una educación adecuada, pero también una cierta comodidad material, tiempo y dedicación y, asimismo, no como condición indispensable, pero sí propiciatoria, algunos contactos, relaciones e influencias, útiles a la hora de afrontar la negociación con la imprenta, la financiación de la obra y los trámites con la censura. Pero también requiere cierta determinación y seguridad personal: el deseo de escribir, el sentimiento de la propia

¹⁸ Antonio Sancha (1720-1790). *Reinventor de lecturas y hacedor de libros*, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando-Calcografía Nacional, Madrid, 1997.

capacidad y la voluntad de intervenir en la esfera de la opinión pública a través de la publicación.

Para explicar cómo Inés Joyes pudo hacer acopio de al menos algunos de estos recursos se hace necesario revisar en mayor detalle su vida, en buena medida gris, pero en la que, mirando atentamente, es posible discernir algunos apoyos. Por una parte, las circunstancias familiares. Le cupo la fortuna de nacer y formarse en el seno de una familia acomodada, bien relacionada y –algo de crucial importancia– de origen foráneo. Pertenece, como se ha dicho, a una de las numerosas sagas burguesas extranjeras que habían hecho fortuna en España, dedicadas a actividades comerciales y financieras¹⁹. Ello le proporcionó, ya de partida, un conjunto de ventajas: un cierto bienestar material, un medio cultural propicio, que concedía singular importancia a la educación (incluida, hasta cierto punto, la de las mujeres), un colectivo con un fuerte sentido de la propia identidad, a caballo entre las lealtades de origen y el arraigo en la sociedad española, y una densa trama de contactos familiares y sociales, que abarcaba esferas influyentes y amplias zonas geográficas.

En efecto, Inés nació a gran distancia de Irlanda, pero en el seno de una familia distinguida cuyas dos ramas, la paterna y la materna, tenían su origen en aquella isla lejana. Los Joyes se establecieron en España en fecha incierta, probablemente a principios del siglo XVIII, después de afincarse en Francia durante un tiempo: en su último testamento, de 1806, Inés afirmará que sus antecesores “emigraron en tiempos del rey Jacobo, por el año de 1689, a causa de que seguían su partido”²⁰. Tras llegar a España, mantendrían durante generaciones sus vínculos de parentesco, negocios, matrimonios o amistad con otras familias irlandesas, muchas procedentes de la misma zona (el oeste de la isla) y aun la misma ciudad (Galway) en la que tenían sus raíces. De origen irlandés y católico fue también el marido de Inés, Agustín Blake, emparentado, además, con la familia de ella. En efecto, la endogamia familiar y la estrecha vinculación con otras personas de su misma nacionalidad constituyeron estrategias clave en las decisiones de los Joyes, como era habitual en los grupos burgueses, comerciantes y financieros de la época, en especial extranjeros, que mantuvieron por largo tiempo la memoria de sus antepasados, a la vez que se esforzaban por integrarse y prosperar en la sociedad que los acogía.

Pertenecer a una familia extranjera marcaría la vida de Inés Joyes también en otros sentidos. No es casualidad, en efecto, que algunas de las escritoras más relevantes del siglo XVIII, como María Gertrudis Hore o Margarita Hickey, compartiesen con ella el origen foráneo (curiosamente, irlandés en los tres casos), y que en el siglo XIX las familias burguesas de ascendencia extranjera diesen todavía muestra de un

¹⁹ Archivo Histórico Nacional, Calatrava, exp. 308. Reproducido por Walsh, *op. cit.*, vol. III, pp. 66-88.

²⁰ Archivo Histórico Provincial de Málaga (AHPMa), leg. 3.498, ff. 646r-654v.

aire más cosmopolita, contactos más amplios y una mayor modernidad en sus actitudes que sus homólogas españolas. La casa financiera Patricio Joyes e Hijos, con sede en Madrid, tenía conexiones con otras plazas mercantiles españolas, de Cádiz y Málaga a Ferrol, Santander o Bilbao, y también con centros financieros internacionales: París, Livorno, Londres, Génova. La madre de Inés, probablemente educada en Francia (donde seguía viviendo parte de su familia), usaba al parecer el francés como lengua habitual, y sus hermanos varones se formaron en el extranjero. Así, aunque la vida de Inés se desarrollase en un horizonte geográfico limitado, sus referentes personales y sociales pudieron abarcar espacios más amplios: la Irlanda de origen, presente en la memoria de la familia y en sus contactos e influencias, la Francia de la infancia materna y, más allá todavía, la vasta Europa de los vínculos mercantiles y familiares. De forma más genérica, podemos intuir que el sentido de pertenencia a una comunidad fuertemente unida por vínculos de solidaridad e influencia, y dentro de ésta a una familia poderosa y bien relacionada, debió contribuir a infundirle una cierta confianza y seguridad en sí misma, lo que ayudaría a entender su decisión –todavía relativamente infrecuente en su época– de escribir y publicar su obra.

Bien situadas en el ámbito de las finanzas, próximas a la Corte y los círculos del poder, así como en el mundo del comercio, especialmente de la exportación de productos agrarios desde las ciudades portuarias de la periferia, las familias Joyes y Blake pudieron desarrollar vínculos con personajes influyentes de la vida política de su tiempo. Así, por ejemplo, entre los albaceas del testamento otorgado en 1758 por la madre (modificando otros anteriores, de 1746 y 1751) figura su compatriota Bernardo Ward (¿-1776), quien, junto con el poderoso ministro del mismo origen Ricardo Wall, encabezó el “grupo irlandés” durante el reinado de Fernando VI²¹. Ward ocupó cargos destacados en la alta administración borbónica (miembro del Consejo de Castilla, secretario de la Junta de Comercio, director de la Casa de Moneda y superintendente de la Real Fábrica de Cristales de San Ildefonso) y escribió numerosos informes y ensayos de tema económico y social, en particular la *Obra pía y eficaz y modo de remediar la miseria de la gente pobre en España* (1750) y el *Proyecto Económico en que se proponen varias providencias dirigidas a promover los intereses de España* (1762, publicado en 1779), de gran influencia en el pensamiento reformista posterior. Fue, además, preceptor de los hijos del marqués de Santa Cruz de Marcenado, entre ellos María Francisca Navia y Bellet (1726-1786), futura marquesa de Grimaldi, erudita y escritora²². Todo lo cual, además de ejemplificar las elevadas posiciones que

²¹ D. Téllez, “El “grupo irlandés” bajo el ministerio Wall (1754-1763)”, en M.B. Villar y P. Pezzis (eds.), *Los extranjeros en la España Moderna*, Universidad de Málaga, Málaga, 2003, vol. II, pp. 737-750, referencia en p. 749. Archivo Histórico de Protocolos de Madrid (AHPM), leg. 15.596, ff. 8r-10v.

²² “Memorias de la Excelentísima Señora Doña María Francisca Irene de Navia y Bellet, marquesa de Grimaldi”, *Memorial literario*, vol. VIII (1786), pp. 74-75.

ocuparon algunos irlandeses en la política y la sociedad española del siglo XVIII, muestra las buenas relaciones y apoyos que Inés y su familia tuvieron entre los círculos más escogidos, poderosos y cultivados de esa comunidad.

Una vez casados, Inés Joyes y su marido se relacionaron, tanto en Málaga como en Vélez-Málaga, con personas influyentes en la sociedad local: miembros de la burguesía de negocios, muchos de ellos de origen irlandés, o de la hidalguía, en ocasiones regidores de la ciudad, que aparecen como padrinos y testigos en los sucesivos bautizos y matrimonios de sus numerosos hijos. También mantuvieron estrechos vínculos con su familia de origen, en particular con los Joyes, a los que se menciona con frecuencia en sus documentos notariales, en particular a Gregorio Joyes, hermano de Inés y director del Banco de San Carlos, que acogió a varios de sus sobrinos varones para introducirlos en los negocios y dotó al menos a una de sus sobrinas, llamada Inés, al igual que su madre y su abuela. De ese modo, a partir de 1782, aunque viuda, Inés Joyes no estará sola, sino arropada por una red de lazos familiares y sociales que ella se ocupará de mantener, fortalecer y renovar, a través de gestos como la designación de parientes, o bien de miembros de las elites locales, como albaceas testamentarios o testigos en testamentos, cartas de dote, poderes notariales. Unas relaciones que le servirían como apoyos en la colocación profesional y matrimonial de sus hijos, de la que se hubo de ocupar tras la muerte del marido, y que podemos pensar le ayudarían también a gestionar la publicación de su obra en 1798.

La dedicatoria de ese libro supone un testimonio adicional de los vínculos que, desde una pequeña ciudad de provincias, Inés Joyes mantenía con círculos influyentes de la Corte. En efecto, estaba dedicado a María Josefa Alonso Pimentel Téllez-Girón (1752-1834), condesa de Benavente y duquesa de Osuna, grande de España y una de las damas más poderosas y cultivadas de su época²³. Aunque acogerse a la protección de un mecenas de alto linaje era algo habitual en la época, cabe destacar que en este caso las dos mujeres, autora y destinataria, si bien separadas por la considerable distancia social existente entre una grande de España y una simple burguesa, estaban ligadas por el vínculo estrecho de amistad que la primera mantenía con Joaquín, primogénito de Inés Joyes, y con la esposa de éste, Dorotea Tovar²⁴. Y además, es de suponer que los temas tratados en la obra, como la importancia de la educación o la defensa de la capacidad intelectual y moral de las mujeres, debieron resultar del agrado de la duquesa, ilustrada y presidenta de la Junta de Damas de Honor y Mérito de la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, y pudieron

²³ Condesa de Yeves, *La condesa-duquesa de Benavente (1752-1834). Una vida en unas cartas*, Espasa Calpe, Madrid, 1955.

²⁴ Archivo General Militar de Madrid, Colección Blake, caja 1, carpetilla 5: cartas de la duquesa de Osuna a Blake, de 6 de agosto y 2 de octubre de 1796, 27 de enero y 2 de mayo de 1797.

predisponerla a aceptar la dedicatoria (¿quizá también a sufragar la edición?), lo que constituía un favor y un gesto de apoyo.

Junto con la posición social, el origen y contactos sociales de su familia, otro elemento que hay que reseñar en la trayectoria de Inés Joyes es el importante papel desempeñado por las mujeres de su sangre, algunas relativamente cultivadas, que intervinieron, directa o indirectamente, en los negocios y mostraron cierta iniciativa en el desarrollo de estrategias económicas o alianzas matrimoniales. Entre ellas, su madre, nacida y educada en Francia, que hubo de asumir la tutoría de sus seis hijos en 1745, al fallecer su marido, Patricio Joyes, cuando Inés contaba trece años²⁵. De acuerdo con las costumbres de la época, que, tanto en España como en el resto de Europa, apartaban a las mujeres de la gestión directa de los negocios salvo en coyunturas muy particulares, su nombre aparece poco en los documentos de la compañía, de la que sólo figura formalmente como socia en la viudez y hasta que sus hijos varones se hicieron cargo de ella²⁶. Sin embargo, se refiere constantemente a la firma con posesivos de primera persona (el “cajero actual de mi casa”) y se preocupa en sus testamentos por su continuidad y transmisión, lo que hace pensar que sintió siempre el negocio familiar como algo propio, que implicaba, también para ella, derechos y obligaciones. Podemos imaginar que fue una mujer con una cierta formación, que siguió teniendo en el francés su lengua primera o más familiar, como revela el hecho de que a su muerte dejase un codicilo autógrafo redactado en esa lengua, en el que modificaba sus últimas voluntades²⁷. Su hija Inés sería también una mujer culta, esposa de un comerciante, madre de una numerosa descendencia, viuda y tutora de sus hijos, de cuyos matrimonios y colocación profesional se hubo de ocupar, como lo hiciera su madre. En este sentido, en las disposiciones testamentarias de una y otra se hace visible la preocupación por subrayar y renovar los vínculos con la comunidad nacional y con la familia, a través de la transmisión de los bienes materiales y simbólicos y de la reiterada designación de miembros del grupo de parentesco o de la comunidad irlandesa como personas de confianza: administradores, albaceas, testigos. Una memoria que Inés Joyes mantendría viva y que queda simbolizada en los ornamentos de misa, en particular un cáliz de 1629, herencia de sus antepasados, que, ya próxima a la muerte, tuvo buen cuidado en mencionar expresamente entre sus pertenencias, recordando su historia y legándolo a Joaquín, el mayor de los hijos que le sobrevivían (“el referido cáliz es una alhaja antigua en la familia, traída de Irlanda por mis antecesores (...); de hechura antigua, sobredorado todo por dentro y por

²⁵ AHPM, leg. 15.593, ff. 47r-49r.

²⁶ L. Davidoff y C. Hall, *Fortunas familiares: hombres y mujeres de la clase media inglesa, 1780-1850*, Cátedra, Madrid, 1994.

²⁷ AHPM, leg. 15.596, ff. 11r-v.

fuera, y tiene sobre el pie una inscripción latina que dice así: «Ora pro animabas Enriti Linchi Boronelas et Elisabet usor sua, anno D. 1629»²⁸. Pero también se hace manifiesta en las últimas voluntades de ambas una solidaridad particular hacia las mujeres de su sangre o su casa. Así, Inés Joyes madre se acordará en su postrer testamento de su nieta María Josefa, su prima Juana Bodkin, su hija Juliana o su hermana residente en Francia, a las que asigna cantidades en metálico, e Inés Joyes hija mejorará a una de sus hijas, llamada como ella, con un modesto legado de ajuar doméstico (en atención al “corto sueldo de su marido”), y hará donación asimismo, a su criada Leocadia Fernández, de “una cama completa de banco y tablas” y otros efectos personales, como recompensa a sus leales servicios de más de veinte años. Aunque respeten escrupulosamente las costumbres de la época, que privilegiaban la línea masculina en la transmisión del negocio, las dos (como sucede también entre las mujeres de la burguesía comercial gaditana) buscan así compensar o distinguir, en alguna medida, a esas figuras femeninas próximas, mediante mejoras o donaciones en forma de dinero o de objetos de uso personal, de valor simbólico más que material²⁹.

Otra mujer destacada en el entorno de Inés Joyes fue su tía abuela, continuadora de la firma comercial de su hermano, de la que era titular tras la muerte de éste, junto con sus sobrinos Agustín Blake (futuro marido de Inés) y Diego Joyes. Isabel Browne donó a Agustín, en vísperas de su matrimonio, una notable cantidad (unos 225.000 reales de vellón), en reconocimiento a sus servicios³⁰. Este capital y la cuantiosa dote aportada por su esposa (180.000 reales) constituirían dos aportaciones, ambas recibidas, significativamente, de manos femeninas, que se revelarían decisivas para el despegue de la carrera de Agustín Blake, quien prosperó rápidamente hasta constituir su propia compañía y convertirse en uno de los comerciantes más poderosos, influyentes y bien relacionados entre los que operaban en el comercio malagueño, rápido auge que iría seguido de un no menos veloz declive que le conduciría a la ruina antes de su muerte en 1782, como nos hace saber el testamento de su viuda en 1806 (“por muerte del citado mi marido, no se hizo partición de sus bienes por no haberlos dejado, a causa de la quiebra que sufrió”). Desconocemos cuál fue la relación que mantuvo Inés con esta mujer de negocios, así como con su madre y con otras mujeres de su familia, pero cabe suponer que su ejemplo ejercería algún influjo sobre ella a la hora de asumir y ejercer sus responsabilidades en los asuntos familiares, a la vez que en su pensamiento y en su actitud acerca de sus propias capacidades y autoridad.

²⁸ AHPMa, leg. 3.498, ff. 646r-654v.

²⁹ P. Fernández Pérez, *El rostro familiar de la metrópoli: redes de parentesco y lazos mercantiles en Cádiz, 1700-1812*, Siglo XXI, Madrid, 1997.

³⁰ AHPMa, escribano Hermenegildo Ruiz, leg. 2.614, ff. 116r-117v.

Por lo que respecta a otro elemento esencial en la formación de Inés Joyes como mujer de letras, su educación y lecturas, es muy poco lo que sabemos. La suya debió ser una familia relativamente cultivada, que mantendría, como era habitual entre la colonia irlandesa, el vínculo con el idioma y la cultura de su país de origen. Pertener a ese medio le proporcionó, además de las ventajas ya reseñadas en términos de contactos sociales y de sentido de la propia identidad, un medio cultural propicio por su papel mediador entre dos lenguas y dos culturas y por la importancia que concedía a la educación. En general, los comerciantes extranjeros poseían en la España del siglo XVIII un nivel cultural mayor que sus homólogos españoles, como ponen de relieve sus índices de alfabetización, superiores a los de los españoles de su mismo nivel socioeconómico³¹. Su carácter bilingüe y sus contactos comerciales les permitían actuar como intermediarios en la importación de libros foráneos. Además, procedentes de países con una mayor tradición en la educación de las mujeres, solían mostrar algún mayor interés de lo habitual en la España de su tiempo por la formación de sus hijas, aunque les reservaran una instrucción muy distinta a la de los varones, destinados a continuar el negocio. Así, a diferencia de sus hermanos, quienes, según el testamento otorgado por la madre, se habían formado “así en Francia como en España”, seguramente enviados, siguiendo los usos de la época, a adquirir mundo junto a sus familiares en el país vecino, es improbable que Inés, como su hermana Juliana, se educara en algún convento francés, opción costosa y reservada a unas pocas familias de grandes comerciantes, y tampoco debió hacerlo en alguno de los dedicados a la enseñanza en Madrid, donde las hijas de la aristocracia cortesana o los servidores de palacio estudiaban lectura, escritura y aritmética básica, complementadas por habilidades sociales como la música, danza o lenguas extranjeras³². Debió formarse más bien en casa, bajo la dirección de la madre y quizá con las lecciones de algún profesor particular³³. Allí se beneficiaría, no obstante, de una casa frecuentada por gentes de diversas procedencias y de un ambiente políglota, en el que el idioma habitual sería el inglés, y también tendría presencia el francés, lengua de infancia de su madre, lo que le permitió un acceso más directo a las corrientes intelectuales y literarias de su época.

³¹ M.B. Villar, *Los extranjeros en Málaga en el siglo XVIII*, Publicaciones de la Caja de Ahorros de Córdoba, Córdoba, 1982, p. 29 y pp. 225 y ss.

³² M.B. Villar, “Las estrategias familiares de la burguesía mercantil en el siglo XVIII. Algunos ejemplos malagueños”, en J. Casey y J. Hernández Franco (eds.), *Familia, parentesco y linaje*, Universidad de Murcia, Murcia, 1997, pp. 311-321, referencia en pp. 317-318; “Las mujeres de la burguesía mercantil malagueña del siglo XVIII. Estrategias familiares y vida cotidiana”, en *Vidas y recursos de mujeres durante el Antiguo Régimen*, Universidad de Málaga, Málaga, 1997, pp. 131-165, referencia en pp. 157-159.

³³ AHPM, leg. 15.593, ff. 57r-62r.

Cabe añadir que el ambiente que rodeó a nuestra autora parece haber sido relativamente laico e ilustrado. Así lo sugieren el hecho de que ninguno de sus hermanos ni sus hijos de ambos sexos tomaran estado eclesiástico, la pertenencia de algunos varones de su familia a Sociedades Económicas, las amistades con significativos ilustrados o la presencia entre sus descendientes de personajes de cierta talla intelectual, como su hijo Joaquín Blake o su nieto José MacCrohon. Nada de eso resulta desdeñable a la hora de explicar el tono indudablemente laico de su ensayo o la austeridad de su testamento en lo relativo a misas y mandas pías y a la forma que establece para su entierro (“que se excuse toda pompa de música y demás de pura ostentación”), todo lo cual sugiere una religiosidad de tipo ilustrado, poco amante de las demostraciones externas. En ese medio se insertaría Inés Joyes en un doble sentido: beneficiándose de un entorno propicio, pero también contribuyendo a forjar la tradición intelectual de la familia, a través de su influjo como mujer culta e ilustrada (que imaginamos notable, aunque resulte imposible conocerlo a ciencia cierta) sobre sus hijos, familiares y amigos.

En suma, si carecemos de datos concretos acerca de la educación de Inés Joyes, podemos deducir que su entorno familiar y el medio al que perteneció le proporcionaron ciertas ventajas comparativas en términos de una relativa densidad cultural y apertura de miras. En lo referente a sus lecturas, sería interesante saber de qué fuentes intelectuales bebió, y en qué medida se apoyó en tres tradiciones literarias y culturales distintas: la española, la inglesa, propia de su origen, y la francesa, tan habitual en los medios cultos del siglo XVIII y en la que pudo influir la niñez y educación de su madre en el país vecino. Nueva decepción: su texto apenas incluye referencias a sus lecturas, en forma de un par de citas expresas a autores como Feijoo y Vicente Bacallar, marqués de San Felipe, y de alusiones a la literatura médica y a los debates pedagógicos y morales de su tiempo³⁴. Tampoco su testamento, ni los de su marido o sus padres, conllevaron inventarios de bienes que permitan conocer la composición de su biblioteca personal o al menos de los libros presentes en su casa, ni su nombre figura en las listas de suscripción conocidas de ningún periódico de la época. Sin embargo, la *Apología* sugiere que debió ser una lectora asidua y bien informada de las novedades de su tiempo. Novedades que pudo seguir, desde la pequeña localidad en la que residía gracias a los contactos mercantiles y a las relaciones con su familia y amigos en Madrid, a los libros publicados en las propias imprentas malagueñas o adquiridos en otros lugares de España y del extranjero, y a las publicaciones periódicas, entre ellas el *Semanario erudito y curioso de Málaga* (1796-1800), que divulgaba

³⁴ I. Joyes, *Apología de las mujeres, edición crítica incluida en Bolufer, La vida y la escritura...*, pp. 271-298, especialmente pp. 276, 281, 293-294 y 297.

entre un público amplio una amalgama de noticias locales, artículos sobre temas científicos y técnicos, ensayos morales y literarios, impregnados en su conjunto de un tono burgués, reformista y hasta cierto punto ilustrado.

Al fin y al cabo, a pesar del acusado centralismo del mundo de la edición y la prensa, el activo comercio y las fórmulas de difusión de la cultura (suscripciones, correspondencia...) hacían que las nuevas ideas, actitudes y sensibilidades no quedaran limitadas a la capital, sino que circulasen de forma relativamente amplia entre las elites y clases medias con afanes de novedad y distinción en gran número de localidades pequeñas y medianas³⁵. Otros vehículos de difusión eran las prácticas y espacios de sociabilidad y cultura, entre ellas las tertulias, donde se reunían caballeros y damas de la buena sociedad junto con artistas o políticos; el teatro, que los ilustrados pretendieron constituir en una escuela de costumbres a través de una dramaturgia renovada en fondo y forma, o las instituciones reformistas, en particular las Academias y Sociedades Económicas. ¿En qué medida pudo Inés Joyes participar de esos lugares de encuentro, tanto en el Madrid de su juventud como en Málaga y su entorno, donde pasó su vida adulta? De nuevo, nos faltan los detalles, y hemos de imaginar posibilidades a través de unos pocos indicios y de las pistas que nos proporciona su obra. En la capital, donde residió hasta su matrimonio, a los veinte años, pudo conocer la relativa apertura de costumbres propiciada por el dinamismo social y económico y plasmada en nuevos hábitos sociales como los del paseo por el Prado o las orillas del Manzanares, las tertulias, saraos o veladas, que hicieron extensivas a las clases medias prácticas de ocio y distinción antes reservadas a la aristocracia cortesana, en las que es posible que interviniera, en la casa de sus padres o invitada en otras del entorno comercial y financiero que éstos frecuentaban³⁶. Sin embargo, como joven doncella soltera y burguesa, su experiencia de estos ambientes debió ser limitada, y en cualquier caso ajena a los salones aristocráticos más exquisitos o a las tertulias eruditas y literarias.

En la ciudad de Málaga, próspera y dinámica, con una burguesía amplia y consolidada y un considerable peso de la minoría extranjera, Inés Joyes y su marido vivieron en el pujante barrio residencial de San Juan, dominado por comerciantes y mercaderes. Allí, en las proximidades de lo que sería más tarde el bello y espacioso paseo de la Alameda (trazado por iniciativa del gobernador Teodoro Reding), la zona más elegante de la ciudad, podemos imaginarlos bien establecidos y participando, en mayor o menor medida, de los rituales y placeres urbanos: paseos, visitas a casas distinguidas o tertulias en su propia residencia. Su residencia, que las fuentes no

³⁵ P. Saavedra y H. Sobrado, *El siglo de las Luces. Cultura y vida cotidiana*, Síntesis, Madrid, 2004.

³⁶ G. Franco, "Formas de sociabilidad y estrategias de poder en la España del siglo XVIII", en E. Martínez (ed.), *Poder y mentalidad en el mundo hispánico*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2000, pp. 389-416.

describen, sería, con toda probabilidad, una de las típicas casas de comerciantes del siglo XVIII y principios del XIX, con tres alturas que albergaban todavía tanto almacenes y oficinas como la vivienda particular, amueblada y decorada con elegancia, como sucedía en especial entre las familias extranjeras: muebles de maderas nobles, alfombras, espejos y cornucopias, instrumentos musicales..., que constituían otros tantos signos de distinción en la vida cotidiana y en los escenarios de la sociabilidad. En ese entorno refinado, y como mujer casada, es probable que Inés disfrutara de alguna mayor libertad de movimientos que aquella de la que había dispuesto en Madrid durante su juventud, como sugieren algunos pasajes de su *Apología*, que la revelan como una experta observadora (y crítica) de las relaciones, las conversaciones y los códigos de comportamiento en sociedad³⁷. No parece que tuviera ningún vínculo directo con espacios institucionalizados de sociabilidad y filantropía reformista, como las Sociedades Económicas de Vélez-Málaga (fundada en 1783, cuando ella residía en esta villa) y de Málaga (establecida en 1790), o la Asociación de Señoras creada en 1796 para el cuidado de niños expósitos, en cuyos estatutos y actas no aparece su nombre. En lo que respecta a otras prácticas informales de sociabilidad, que rara vez dejan huella documental, contamos, sin embargo, con el valioso testimonio de un viajero inglés, que la menciona con respeto y simpatía. El médico y ministro anglicano Joseph Townsend (1739-1816), quien se muestra a lo largo de su relato de viaje por España gratamente sorprendido por el trato refinado y sociable entre las elites, y muy especialmente por la activa participación de las mujeres en la vida social, se alojó brevemente en casa de Inés Joyes gracias a la mediación de Gregorio Joyes, su banquero y hermano de ella, en la primavera de 1787³⁸. Ambos, en su fugaz encuentro debieron intercambiar informaciones, interesado el clérigo anglicano, como todos los viajeros cultivados, por los datos locales, y ella, probablemente, por las últimas noticias de Málaga o de la Corte. No sabemos si ambos, personas inquietas y de amplia curiosidad intelectual, tuvieron ocasión para intercambiar pareceres sobre otros temas. Sin embargo, esa circunstancia nos invita a imaginar lo que significaría, en una pequeña villa de provincias como Vélez-Málaga, de acusado perfil eclesiástico, burocrático y militar, aunque con cierto dinamismo apreciable en el auge del comercio y la fundación de la Sociedad Económica, la casa particular de una mujer respetable, una viuda cultivada, como lugar que podía acoger tal vez bajo su techo a los elementos más inquietos de la sociedad local, amén de algún visitante de paso³⁹.

³⁷ Joyes, *óp. cit.*, pp. 273, 279 y 281.

³⁸ J. Townsend, *Viaje a España hecho en los años 1786 y 1787*, Turner, Madrid, 1988, p. 210.

³⁹ F. Montoro Fernández, *La Sociedad Económica de Amigos del País de Vélez-Málaga (1782-1822)*, Ayuntamiento de Vélez-Málaga, Vélez-Málaga, 2000, y *Vélez-Málaga durante la crisis del Antiguo Régimen (1808-1833)*, Tesis doctoral leída en la Universidad Nacional de Educación a Distancia el 20 de junio de 2005, realizada bajo la dirección de Juan Antonio Sánchez Belén.

Por otra parte, tampoco es posible, hoy por hoy, reconstruir las eventuales relaciones que pudo haber mantenido Inés Joyes con los círculos literarios e intelectuales de la época, entre ellas con otras mujeres de letras. Aunque el número de las mujeres que escribían y publicaban se multiplicó considerablemente, tanto en España como en el resto de Europa, a lo largo del siglo XVIII, en un contexto generalizado de aumento exponencial de las ediciones y de dinamización de la cultura impresa, no llegaron a constituirse redes femeninas, al menos que se conozca. Las escritoras seguían siendo pocas y estaban separadas por su distinto lugar de residencia y condición social, desde poderosas aristócratas de la Corte, como las condesas de Lalaing y del Carpio o las marquesas de Tolosa y Fuerte Híjar, a religiosas y miembros de las clases medias, lo que dificultaba que pudiesen establecer algún tipo de vínculo. Inés Joyes pertenecía por su nacimiento a un grupo en considerable aumento en la época, el de las escritoras pertenecientes a medios burgueses, burocráticos o profesionales, como Josefa Amar, Gracia Olavide o Josefa Jovellanos, por lo común vinculadas a familias con cierta tradición de estudio y actividad intelectual, que les proporcionaron un entorno relativamente favorable. Alejadas por su estatus del prestigio y poder de las aristócratas, y a la vez, por su sexo, de la posibilidad de acceder, gracias a su mérito, fortuna y conexiones, a cargos y honores, como lo hacían sus padres, maridos, hijos o hermanos, estas mujeres de condición mediana buscaban, en mayor medida que otras de más elevado rango, la fama y el reconocimiento que podían brindarles las letras.

Si bien Inés residió buena parte de su vida en Vélez-Málaga, lejos de la Corte, donde se publicaban la mayoría de los impresos, vivía buena parte de la aristocracia ilustrada y se reunían las principales tertulias, pudo, no obstante, tener noticias de la obra de las escritoras de su época, en especial de aquellas que alcanzaron cierta fama. Es posible incluso que llegara a mantener relación con alguna de ellas, de medios sociales similares, y con cuyas familias la suya propia tenía, en algún caso, lazos de origen y cooperación en los negocios. Así pudo haber sucedido con la poeta gaditana María Gertrudis Hore y Ley (1742-1801), también de origen irlandés, cuya familia aparece relacionada con la de Inés en el comercio y las finanzas a lo largo de varias décadas⁴⁰. Más improbable, pero en absoluto imposible, es que conociera personalmente a otra autora de ascendencia irlandesa, Margarita Hickey y Pellizzoni (1728-1801?), residente en Madrid y vinculada al mundo de la burocracia y la milicia más que del comercio⁴¹. Aunque no llegara a conocer tampoco a las ilustradas Josefa

⁴⁰ F. Morand, *Doña María Gertrudis Hore (1742-1801): vivencia de una poetisa gaditana entre el siglo y la clausura*, Ayuntamiento de Alcalá de Henares, Alcalá de Henares, 2004.

⁴¹ C. Sullivan, "A biographical note on Margarita Hickey", *Dieciocho*, 20/1 (1997), pp. 219-229. M. Hickey, *Poetas, edición, estudio y notas de D. Pierucci*, ETS, Pisa, 2006.

Amar y Borbón (1749-1833) y María Rosa Gálvez (1768-1806), es previsible que supiera de su fama, e incluso que leyera algunas de las obras de ambas: la primera una reconocida erudita, autora de varias traducciones, de un *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres* (1790) y de una célebre memoria en defensa de la admisión de mujeres en las Sociedades Económicas (a dos de las cuales llegó a pertenecer ella misma); la segunda una dramaturga y poeta de éxito afincada en Madrid desde 1801 y con raíces en Vélez-Málaga y Málaga (donde vivió en la misma plaza de la Merced en la que moriría Inés Joyes), que había estrenado sus piezas en los principales teatros de la capital y publicado en 1804 sus *Obras completas*⁴². Por último, no debió llegar a conocer a Francisca Ruiz de Larrea (1775-1838), también medio irlandesa, traductora y autora de críticas literarias que influyeron en la introducción del romanticismo europeo en España, y madre de la futura escritora Cecilia Böhl de Faber⁴³. Aunque en ninguno de estos casos existan evidencias documentales sobre una posible relación, todas ellas tuvieron en común algunas experiencias, como la de pertenecer a medios culturales (la burguesía de negocios extranjera o el mundo de las profesiones y los cargos) relativamente cultivados y abiertos a las nuevas corrientes, o el conocimiento precoz de lenguas extranjeras, que les permitió mantenerse al corriente de las novedades. Con ellas y con otras autoras españolas y europeas más o menos contemporáneas (desde Madame de Lambert a Mary Wollstonecraft), Inés Joyes compartiría, además, pese a las grandes diferencias ideológicas, sociales y estéticas entre ellas, ciertas preocupaciones que derivan de su experiencia como mujeres y que son centrales en su obra.

Una última circunstancia, en este caso estrictamente personal, contribuye a explicar la escritura y la publicación de la *Apología*. No parece casual que ésta viera la luz cuando su autora era una mujer de 67 años, que eligió ese momento y no otro para tomar lo que aparenta ser una decisión muy meditada, quizá largamente acariciada. Su edad y su relativa independencia, como viuda respetable y de mediano pasar, pudieron brindarle, de un lado, la libertad y la seguridad en sí misma suficientes como para presentar ante los lectores un texto tan atrevido, y, de otro, el peso de la experiencia que se aprecia en su ensayo, obra de alguien que ha vivido y reflexionado.

⁴² M.V. López-Cordón, *Condición femenina y razón ilustrada. Josefa Amar y Borbón*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2005. A. Luque y J.L. Cabrera, *El valor de una ilustrada. María Rosa de Gálvez*, Instituto Municipal del Libro, Málaga, 2005.

⁴³ M. Fernández Poza, *Frasquita Larrea y "Fernán Caballero". Mujer, revolución y romanticismo en España*, Ayuntamiento de El Puerto de Santa María, El Puerto de Santa María, 2001.

3. UNA VOZ PERSONAL EN LOS DEBATES DEL SIGLO XVIII

La vida de nuestra autora se muestra, pues, como una existencia ordinaria y relativamente oscura, similar a la de tantas mujeres de las clases medias que vivían en ciudades de provincias, alejadas de los ambientes cortesanos. Más inusual, aunque tampoco del todo excepcional, como hemos visto, es el hecho de que se contara entre aquellas que dispusieron de la formación, la voluntad y los medios suficientes como para escribir y publicar. Al escoger darse a conocer en público a través de una obra traducida, a la que añadió, a modo de significativo apéndice, su propio ensayo, totalmente independiente del texto original, Inés Joyes tomó una opción relativamente frecuente entre las escritoras de la época, sin dejar de mostrar su singularidad en la elección. Traducir, en efecto, era una práctica cultural en alza en el siglo XVIII, respondiendo a la creciente demanda de lecturas y al gusto por la literatura extranjera⁴⁴. Una práctica en la que, además, participaron de forma especial las mujeres, para quien constituía una forma más propicia de darse a conocer en público manteniéndose en un segundo plano, a la vez que podían expresar sus propios puntos de vista a través de la elección de las obras que traducían, y con frecuencia añadiendo a éstas (en notas, prefacios o prólogos) sus propias contribuciones⁴⁵. Ese es el caso, por ejemplo, de dos traducciones aparecidas con pocos años de diferencia con la de Inés Joyes: la de las *Cartas de una peruana* (1792) de Madame de Graffigny, a cargo de María Rosario Romero, y la de las *Cartas selectas de una señora a una sobrina suya* (1800), por Rita Caveda y Solares.

La singularidad de Inés Joyes radica en el hecho de traducir directamente del inglés, en una época en que las versiones desde esa lengua solían hacerse a través de la traducción francesa, y en la elección de una novela filosófica, alejada del estilo sentimental en boga a finales de siglo. *Rasselas* (1759), del prolífico y respetado Samuel Johnson (1709-1784), cuenta la historia del príncipe del mismo nombre y de su hermana Nekayah, quienes, abandonando el valle feliz en el que han vivido, emprenden un viaje iniciático en busca del conocimiento. Tras recorrer el mundo y persuadirse de que la felicidad constituye una meta inalcanzable, vuelven a su país, desengañados (¿vencidos, o más sabios, por lúcidos?), en un final abierto y enigmático

⁴⁴ M.-R. García Hurtado, "La traducción en España, 1750-1808: cuantificación y lenguas en contacto", en F. Lafarga (ed.), *La traducción en España (1750-1830): libro, literatura y cultura*, Universitat de Lleida, Lleida, 1999, pp. 35-43.

⁴⁵ M.V. López-Cordón, "Traducción y traductoras en la España de finales del siglo XVIII", en C. Segura y C. Nielfa (eds.), *Entre la marginación y el desarrollo. Mujeres y hombres en la Historia. Homenaje a M. Carmen García-Nieto*, Ediciones del Orto, Madrid, 1996, pp. 89-112. T.A. Smith, "Writing Out of the Margins: Women, Translation, and the Spanish Enlightenment", *Journal of Women's History*, 15/1 (2003), pp. 116-143.

(“Conclusión en la que nada se concluye”) que ha sido comparado con el del *Candide* de Voltaire. Es apreciable la afinidad de la traductora con las ideas contenidas en la obra que traduce: su tono entre ilustrado y moralista, su postura escéptica ante muchos temas, entre ellos el matrimonio (aunque, prudente, elimine algunos pasajes sobre la inmortalidad del alma y corrija las críticas del autor al celibato, salvando el eclesiástico), así como el protagonismo de personajes femeninos inteligentes y activos y la crítica hacia el descuido en la educación de las mujeres (Johnson fue amigo de las principales escritoras inglesas de la época y apreció sinceramente su talento).

Sin embargo, es en la *Apología de las mujeres* que, a modo de una “Carta de la traductora a sus hijas”, acompaña a esta traducción donde se expresan más claramente las ideas de Inés Joyes. El texto, de estilo llano, hace gala de apoyarse en la experiencia más que en la erudición, y su autora, como parece propio de una persona de clase media con aprecio por la cultura, reclama en él respeto y reconocimiento para quienes, carentes de una instrucción formal, se han esforzado por aprender por sí mismos, “lograron buenos libros, se aplicaron a leer, y con esto y el trato de buenas compañías se disiparon las nieblas de la ignorancia” (p. 295). Su propio ensayo revela una personalidad madura y reflexiva y familiaridad con las discusiones contemporáneas. Cabe destacar su acusado carácter laico: pese a algunas referencias a la religión, los ejes que lo articulan son más bien las ideas, tan ilustradas, de utilidad social y felicidad individual. Inscrita en una larga tradición, la del debate de los sexos, que tanto en España como en Europa había cobrado relevancia e intensidad particulares en el siglo XVIII, la *Apología* es un ensayo vibrante y polémico que tiene como ideas centrales la profunda convicción en la capacidad moral e intelectual de las mujeres y la denuncia de la desigualdad en las normas morales y los valores sociales. Se dirige tanto a los hombres, para convencerles del trato injusto que otorgan a las mujeres, como a éstas, con el fin de que, abandonando una dependencia moral y sentimental que la autora considera degradante, cobren conciencia de su propia dignidad y capacidad y estén a la altura de ella. Como la *Defensa del talento de las mujeres* (1786) de Josefa Amar o la *Vindicación de los derechos de la mujer* (1792) de Mary Wollstonecraft, dos textos contemporáneos, analiza de forma lúcida los mecanismos que perpetúan la desigualdad de los sexos de modos que hacen a unos y otras, de alguna medida, corresponsables. Denuncia la arbitrariedad de los hombres, pero también el conformismo, la frivolidad y aun la mala fe de muchas mujeres, sin atribuirle, no obstante, a una “naturaleza” femenina esencial, sino a la errónea educación recibida, que modela (y, en su opinión, pervierte) sus aspiraciones y sus afectos.

Inés Joyes revisa los principales temas y argumentos del debate para ofrecer su propio punto de vista, el de una mujer ilustrada que no duda en discrepar de algunas de las ideas más extendidas entre sus coetáneos. Así, frente a la tendencia habitual en su

época, que asignaba a las mujeres una razón disminuida (de orden moral y práctico, y poco capacitada para el pensamiento abstracto), defiende la igualdad intelectual entre ambos sexos. Profundamente preocupada por la educación, insiste en su importancia para la reforma individual y colectiva, y critica la formación de las mujeres de su tiempo y su clase, basada en cultivar las apariencias y las artes de agradar, pero desapruueba también una educación corta de miras y excesivamente restringida a lo doméstico y contempla el estudio como fuente de satisfacciones para las mujeres. Aunque defiende la familia como pieza esencial de la sociedad, no la presenta como el ámbito exclusivo de realización sentimental para las mujeres ni recurso fundamental para su felicidad⁴⁶. En contraste con la imagen de perfecta armonía propia de la literatura sentimental, subraya que las expectativas al contraer matrimonio no siempre se ven realizadas y que las mujeres, cuya existencia suele estar limitada a lo doméstico, carecen, en mayor medida que los hombres, de compensaciones para los sinsabores de la vida familiar. Al mismo tiempo, denuncia la doble moral que les exige abnegación materna y una reputación intachable, tolerando, en cambio, las infidelidades sexuales de los hombres y sus esfuerzos de seducción. Por todo ello, invita a las mujeres a hallar en la amistad y el cultivo de la razón satisfacciones distintas a la vida doméstica que la literatura sentimental de la época presentaba como la única adecuada para ellas.

La autora de la *Apología* comparte el ideario y el lenguaje de las Luces: la confianza en la razón y la educación como medios para transformar al individuo y la sociedad; una idea exigente de la moral personal y colectiva; un pensamiento de signo laico o un cristianismo ilustrado poco apegado a las formas externas; un énfasis en el mérito y el talento como cualidades superiores al nacimiento; la convicción acerca del papel central de la familia en el orden y felicidad públicos; el elogio de la amistad y la valoración de los placeres de la intimidad. No obstante, el uso que Inés Joyes, como Josefa Amar, Rita Caveda, María Rosario Romero y otras escritoras de su tiempo, hace de esos valores y nociones es con frecuencia crítico, revelando así las paradojas de un pensamiento que rechaza por arbitrarios y caducos los prejuicios heredados, pero los suscribe o renueva cuando se refieren a la naturaleza y lugar social de las mujeres; que subraya el influjo determinante de las costumbres, la formación y el medio social en la forja del individuo, mientras que sanciona y naturaliza la diferencia de los sexos; que confía en la razón y la educación, pero las limita drásticamente para las mujeres, reservándoles una instrucción alicorta y utilitaria; que ensalza la moralidad de la familia como pieza esencial del orden político y la felicidad personal, pero hace recaer en las mujeres la responsabilidad fundamental sobre las costumbres

⁴⁶ M. Bolufer, “¿Escribir la experiencia? Familia, identidad personal y reflexión intelectual en Inés Joyes (s. XVIII)”, *Arenal*, 13/1 (2006), pp. 83-105.

y no exige de los hombres un esfuerzo tan sostenido de control de sus conductas públicas y privadas.

* * *

Como se pone de relieve en la cita que encabezaba estas páginas, Inés Joyes denunció el hecho de que la vida y las acciones de las mujeres, por lo común menos presentes en los escenarios públicos, y casi siempre menos susceptibles de ser enfocadas por la mirada de los historiadores, quedaran “sepultadas en el olvido”. Sin embargo, su propio caso, entre otros, sirve para demostrar que es posible reconstruir sus trayectorias vitales a partir de los registros históricos, minuciosamente investigados en busca de rastros. Y ello tanto en los hechos cotidianos (y aparentemente anodinos desde una visión tradicional de la historia) de la vida privada, el trabajo, la sociabilidad o la devoción religiosa, como también, con mayor frecuencia de lo que esperábamos, en ámbitos más singulares, como los de la actividad intelectual. De forma más crucial todavía, el estudio de esas vidas permite superar una visión dicotómica que escinde las trayectorias individuales de acuerdo con dualidades demasiado rígidas, como las que distinguen drásticamente entre lo público y lo privado, lo personal y lo colectivo, los discursos y las experiencias. En este sentido, la búsqueda e interpretación de aquellos datos que hemos podido recuperar sobre la peripecia vital de una escritora del siglo XVIII y el análisis detenido de su obra escrita revelan que reflexión intelectual y vida cotidiana, lejos de estar desconectadas, se alimentan mutuamente. Así, el pensamiento crítico sobre la condición de las mujeres que se expresa en sus textos nace tanto de la lectura y del conocimiento de los debates contemporáneos (que no constituyeron el patrimonio exclusivo de una elite intelectual y cortesana, sino que tuvieron una difusión relativamente amplia) como de la experiencia propia de las relaciones sociales y familiares, el matrimonio, la maternidad, la sociabilidad y la discusión. La voz de la experiencia, una experiencia configurada, como no podría ser de otro modo, en el marco de los discursos y las prácticas sociales y culturales de su tiempo se trasluce, así, en la *Apología de las mujeres*, otorgándole la viveza y la lucidez que siguen impresionando a quienes la leemos dos siglos más tarde y que resuenan en su apelación final:

“Yo quisiera desde lo alto de algún monte donde fuera posible que me oyesen todas darles un consejo. Oid, mujeres, les diría, no os apiquéis; vuestras almas son iguales a las del sexo que os quiere tiranizar; usad las luces que el Creador os dio; a vosotras, si queréis, se podrá deber la reforma de las costumbres, que sin vosotras nunca llegará; respetaos vosotras mismas y os respetarán; amaos unas a otras; conoced que vuestro verdadero mérito no consiste sólo en una cara bonita, ni en gracias

exteriores siempre poco durables, y que los hombres, luego que ven que os desvanecéis con sus alabanzas, os tienen ya suyas: manifestadles que sois amantes de vuestro sexo, que podéis pasar las horas unas con otras en varias ocupaciones y conversaciones sin echarlos de menos (...); viviréis felices cuanto cabe en el mundo, y moriréis con la gloria de dejar una posteridad virtuosa”⁴⁷.

⁴⁷ Joyes, *óp. cit.*, pp. 297-298.